

Translation of Me Talk Pretty One Day

by

Javier Alvarez

Submitted to the Department of Language and Culture

School of Liberal Arts and Sciences

in partial fulfillment of the requirements

for the degree of Bachelor of Arts

Purchase College

State University of New York

December 2023

Sponsor: Prof. Alfredo Garciapardo

Second Reader: Prof. Leandro Benmergui

Índice de Contenidos

Introducción— Pg. 3

Biografía— Pg. 5

“See You Again Yesterday”- Pg. 7

Traducción- “Nos Veremos Ayer”- Pg. 17

Análisis de Traducción— Pg. 28

Conclusión— Pg. 33

Bibliografía— Pg. 35

Introducción

El semestre pasado, estudié en Madrid y fue una de las experiencias más transformativas de mi vida, pero cuando llegué por primera vez, no me había sentido más desorientado en mi vida. No dormí en el avión esa noche, y cuando llegué al aeropuerto, ya eran las 6 de la mañana. Esperé en la línea del control de fronteras por una hora y media sin servicio celular, y por eso perdí mi taxi para llegar a la universidad. Cuando finalmente llegué a mi universidad, todavía no estaba acostumbrado a la vida Española. La ciudad de Madrid no está diseñada como la ciudad de Nueva York. En Manhattan, las calles son arregladas en una cuadrícula, y por eso no me siento perdido en NY. Madrid no está diseñada como Nueva York, y es por qué me sentí bastante perdido. Además, no tenía servicio celular. Tenía que pedir a la gente las direcciones, pero ellos hablaron muy rápido y tuve que traducir lo que estaban diciendo en mi cabeza después de no dormir por mucho tiempo. Horas después de llegar, me di cuenta que no cogí la maleta correcta en el aeropuerto, y tenía que regresar allá para intercambiar las maletas. Es cómo empecé mi primer día en Madrid.

Días después, empecé a acostumbrarme a la vida en Madrid. Empecé a cenar con amigos en vez de cenar solo en la residencia, y fue muy divertido pasar el rato en la residencia. Aunque me he acostumbrado muchísimo a la vida en la ciudad, todavía tenía dificultades manteniendo la velocidad de las conversaciones con mis amigos. Me sentí muy avergonzado debido a eso, y sentí un poquito más tonto que mis amigos.

Una noche después de cenar con mis amigos, estaba leyendo el libro Me Talk Pretty One Day por David Sedaris, particularmente el capítulo “See You Again Yesterday”. En el capítulo, Sedaris está explicando su primera experiencia visitando el pueblo de su esposo. Hugh es de

Normandía en Francia, pero ellos se conocieron en Nueva York. David empieza el capítulo explicando que no está obsesionado con la cultura Francesa, y que no le gusta usar frases francesas cuándo está hablando en inglés. Nos dice que él llegó a agradecer la cultura francesa debido a su esposo. Cuándo llegó a Normandía por primera vez, él solo sabía 2 palabras en francés- embotellamiento y cenicero. Toda la gente en el pueblo se ríe de él, pero no sentimos lástima por él. El usa la oportunidad para reírse de sí mismo, y para aprender y comprender el idioma y la cultura de su esposo. Es bastante cómico, pero muy inspirador a la misma vez. El capítulo me da confianza para hablar más en español durante el semestre en Madrid, y me ha recordado que tenía que tener paciencia conmigo mismo. Me ha recordado que toma mucho tiempo para tener soltura en un idioma extranjero, pero con paciencia, podría lograrlo. Al final, el semestre en Madrid fue mi mejor semestre de la universidad.

Un día en mi clase de literatura, estaba hablando con mi profesora de literatura española. Otro estudiante y yo estábamos recomendándole este libro a nuestra profesora, pero ella no quería leerlo. Nos dijo que el humor no se traduce bien entre idiomas, y como ella no habla inglés, no quería leer el libro. Es la razón por la que quiero traducir este libro. Quiero intentar traducir este libro, y mantener el humor del libro. Quiero que más gente pueda leerlo y disfrutarlo cómo yo lo he leído y disfrutado.

Biografía

Las historias de David Sedaris no tienen que ver con la imaginación, pero tienen que ver con las situaciones cotidianas. Sus cuentos no se tratan de dragones, brujería, lo bueno ni lo malo. Sus cuentos son la reflexión de su vida. Sus libros nos dan fragmentos de su vida y nos

hacen pensar sobre nuestra vida. Al estudiar la vida de David Sedaris podemos comprender sus libros y podemos reflexionar sobre nuestras vidas.

Sedaris nació en 1956 en Raleigh, Carolina del Norte, y es el segundo de la familia. Él se siente más cercano a su hermana Amy, quién tiene una carrera exitosa como actriz y cómica. Según una entrevista con CBS, ellos atribuyen sus talentos para contar historias a su madre. “Algo pasó y de repente ella está en el teléfono contando a su amiga sobre la situación. Luego, ella llamaba a otra amiga para contarle la misma situación. Cuando oímos la conversación la segunda vez, pensamos, ‘oye, la cambió’ [la situación]” Su relación con su madre no fue algo bien traumático, pero su relación con su padre sí lo fue. Como David describe en la entrevista con CBS, su padre no aceptaba su sexualidad por años, y se sentía como un fracaso debido a él. “Siento que mi padre siempre pensara que iba a ser un fracaso. ¿Sabes? Él me dijo millones de veces, ‘¿Sabes lo que eres?’ ‘Un gordito, tonto zero.’” dijo David, “Sí, lo dijo mucho” dijo Amy, de acuerdo con David. Fue bastante difícil para David porque su padre no era bien simpático durante su infancia, pero a los finales años de su vida antes de que murió, empezó a estar un poquito más simpático. “Él me dijo, ‘David’, como si acabara de darse cuenta quién soy, ‘Lograste muchas cosas excelentes en tu vida. Lo...lo, lo ganaste.’” David les dice en la entrevista que está muy vago de lo que significa “ganaste”. ¿A qué se refería Lou cuando dijo “ganaste”? Podemos averiguar que Lou está refiriendo a su profesión, y como la popularidad de sus libros le permitió a David una buena vida.

No sabemos exactamente a lo que Lou se estaba refiriendo, pero sin embargo, David logró muchísimo en su vida. Su carrera empezó en el año 1992 cuando escribió su cuento corto de “SantaLand”. Se trata de su experiencia trabajando como un Papá Noel en un centro comercial. El cuento trata de la ignorancia de la gente, pero también trata del orgullo de David

por sí mismo. El cuento está compuesto de su marca especial de realismo, comedia, y humor. Desde entonces, él seguirá escribiendo artículos para *Harper 's*, *The New Yorker*, y *Esquire*. Dos años después, publicó su libro “Barrel Fever” que incluyó el capítulo de SantaLand que lo hizo famoso. Desde Barrel Fever, David escribió 13 libros más, y todos los libros son ensayos de no ficción. Los críticos han descrito a David como un Mark Twain o Dorothy Parker de nuestra generación. Es muy importante que tengamos este tipo de autor para nuestra generación para hablar sobre los problemas de nuestra sociedad contemporánea. Sus libros hablan de obsesiones bien particulares, en un caso, él habla sobre la necesidad de caminar por horas debido a la invención del FitBit. Habla sobre las dificultades para aquilar su primer apartamento, sus miedos enseñando en la universidad, y su curiosidad por las historias de otra gente. Las emociones de preocupación, ansiedad, y entusiasmo son emociones que todos sentimos. Ahora, David vive con su pareja Hugh en West Sussex, Inglaterra. Ellos no quieren casarse, pero han estado juntos por muchos años, y son muy felices. Hugh es el opuesto de David. Hugh es muy introvertido y práctico, mientras que David es muy extrovertido y es más orientado a sus emociones. Es posible que sea la razón por la que son felices. Todavía David sigue escribiendo novelas. Acaba de publicar su libro “Happy Go Lucky” que es una colección de cuentos cortos.

See You Again Yesterday- de David Sedaris

I have never been one of those Americans who pepper their conversation with French phrases and entertain guests with wheels of brie. For me, France was never a specific, premeditated

destination. I wound up in Normandy the same way my mother wound up in North Carolina: you meet a guy, relinquish a tiny bit of control, and the next thing you know, you're eating a different part of the pig.

I met Hugh through a mutual friend. She and I were painting an apartment, and he had offered the use of his twelve-foot ladder. Owning a twelve foot ladder in New York is a probable sign of success, as it means you most likely have enough room to store one. At the time, Hugh was living in a loft on Canal Street, a former chocolate factory where the walk-in coolers had been turned into bedrooms. I arrived at his place on a Friday night and noticed the pie baking in the oven. While the rest of Manhattan was out on the town, he'd stayed home to peel apples and listen to country music.

Like me, Hugh was single, which came as no great sur-prise, considering that he spent his leisure time rolling out dough and crying to George Jones albums. I had just moved to New York and was wondering if I was going to be alone for the rest of my life. Part of the problem was that, according to several reliable sources, I tended to exhaust people. Another part of the problem had to do with my long list of standards. Potential boyfriends could not smoke Merit ciga-rettes, own or wear a pair of cowboy boots, or eat anything labeled either lite or heart smart. Speech was important, and disqualifying phrases included "I can't find my nipple ring" and "This one here was my first tattoo." All street names had to be said in full, meaning no "Fifty-ninth and Lex," and definitely no "Mad Ave." They couldn't drink more than I did, couldn't write poetry in notebooks and read it out loud to an audience of strangers, and couldn't use the words flick, free-bie, cyberspace, progressive, or zeitgeist. They could not consider the human scalp an appropriate palette for self-expression, could not own a rainbow-striped flag, and could not say they had "discovered" any shop or restaurant currently listed in the phone book. Age, race, and

weight were unimportant. In terms of mutual interests, I figured we could spend the rest of our lives discussing how much we hated the aforementioned characteristics.

Hugh had moved to New York after spending six years in France. I asked a few questions, rightly sensing that he probably wouldn't offer anything unless provoked. There was, he said, a house in Normandy. This was most likely followed by a qualifier, something pivotal like "but it's a dump." He probably described it in detail, but by that point I was only half listening. Instead, I'd begun to imagine my life in a foreign country, some faraway land where, if things went wrong, I could always blame somebody else, saying I'd never wanted to live there in the first place. Life might be difficult for a year or two, but I would tough it out because living in a foreign country is one of those things that everyone should try at least once. My understanding was that it completed a person, sanding down the rough provincial edges and transforming you into a citizen of the world.

I didn't see this as a romantic idea. It had nothing to do with France itself, with wearing hats or writing tortured letters from a sidewalk café. I didn't care where Hemingway drank or Alice B. Toklas had her mustache trimmed. What I found appealing in life abroad was the inevitable sense of helplessness it would inspire. Equally exciting would be the work involved in overcoming that helplessness. There would be a goal involved, and I like having goals.

"Built around 1780...a two-hour train ride from

Paris... the neighbor keeps his horses in my backyard... pies made with apples from my own trees.

I caught the highlights of Hugh's broadcast and understood that my first goal was to make him my boyfriend, to trick or blackmail him into making some sort of commitment. I know it sounds calculating, but if you're not cute, you might as well be clever.

In order to get the things I want, it helps me to pretend I'm a figure in a daytime drama, a schemer. Soap opera characters make emphatic pronouncements. They ball up their fists and state their goals out loud. "I will destroy Buchanan Enterprises," they say. "Phoebe Wallingford will pay for what she's done to our family." Walking home with the back half of the twelve-foot ladder, I turned to look in the direction of Hugh's loft. "You will be mine," I commanded.

Nine months after I'd borrowed the ladder, Hugh left the chocolate factory and we moved in together. As was his habit, he planned to spend the month of August in Normandy, visiting friends and working on his house. I'd planned to join him, but that first year, when the time came to buy my ticket, I chickened out, realizing that I was afraid of France. My fear had nothing to do with the actual French people. I didn't know any actual French people. What scared me was the idea of French people I'd gotten from movies and situation comedies.

When someone makes a spectacular ass of himself, it's always in a French restaurant, never a Japanese or Italian one. The French are the people who slap one another with gloves and wear scarves to cover their engorged hickies. My understanding was that, no matter how hard we tried, the French would never like us, and that's confusing to an American raised to believe that the citizens of Europe should be grateful for all the wonderful things we've done. Things like movies that stereotype the people of France as boors and petty snobs, and little remarks such as "We saved your ass in World War II." Every day we're told that we live in the greatest country on earth. And it's always stated as an undeniable fact: Leos are born between July 23 and August 22, fitted queen-size sheets measure sixty by eighty inches, and America is the greatest country on earth. Having grown up with this in our ears, it's startling to realize that other countries have nationalistic slogans of their own, none of which are "We're number two!"

The French have decided to ignore our self-proclaimed superiority, and this is translated as arrogance. To my knowledge, they've never said that they're better than us; they've just never said that we're the best. Big deal. There are plenty of places on earth where visiting Americans are greeted with great enthusiasm. Unfortunately, these places tend to lack anything you'd really want to buy. And that, to me, is the only reason to leave home in the first place — to buy things. Hugh bought me great gifts the summer I stayed home and he went off to France. He's not really that much of a shopper, so I figured that if he had managed to find these things, they must have been right out in the open where anyone could have spotted them. As far as I was concerned, the French could be cold or even openly hostile. They could burn my flag or pelt me with stones, but if there were taxidermied kittens to be had, then I would go and bring them back to this, the greatest country on earth.

There was the shopping, and then there was the smoking. Hugh returned from his trip, and days later I still sounded like a Red Chinese asking questions about the democratic hinterlands. "And you actually saw people smoking in restaurants? Really! And offices, too? Oh, tell me again about the ashtrays in the hospital waiting room, and don't leave anything out."

I went to France the following summer knowing only the word for bottleneck. I said "bottleneck" at the airport, "bottle-neck" on the train to Normandy, and "bottleneck" when presented with the pile of stones that was Hugh's house in the country. There was no running water, no electricity, and nothing to buy but the pipes and wires needed if you wanted to live with plumbing and electricity. Because there was nothing decent to buy, the people greeted me with great enthusiasm.

It would be the same if a French person were to visit, say, Knightdale, North Carolina. "My goodness," everyone said,

"you came all this way to see us?"

Had my vocabulary been larger, I might have said, "Well, no, not exactly." Times being what they were, I offered my only possible response. "Bottleneck."

"Oh, bottleneck," everyone said. "You speak very well." They were nothing like the French people I had imagined. If anything, they were too kind, too generous, and too knowledgeable in the fields of plumbing and electricity. The house is located in a tiny hamlet, a Hooterville of eight stone houses huddled in a knot and surrounded by rolling hills decorated with cows and sheep. There are no cash registers, but a mile away, in the neighboring village, there's a butcher, a baker, a post office, a hardware store, and a small grocery. There's a church and a pay phone, an elementary school, and a place to buy cigarettes. "New York City!" the shopkeepers said. "Well, you're far from home, aren't you?" They said this as if I'd left Manhattan for a short walk and lost track of the time.

It seemed that if you had to be from America, New York was as good a place as any. People had heard of it, especially the three village teenagers who studied English in school and often dropped by to discuss life in what they called, "Ny." I tried to explain that the N and the Y were initials that stood for New and York, but still they insisted on joining the letters into a single word. Ny, they said, was what the insiders called it. Didn't everyone in Usa use that word?

The teenagers were under the impression that New York was a glamorous wonderland, a celebrity playground where one couldn't leave the house without running into Madonna and Michael Jackson sitting in the park and breastfeeding their babies. I thoughtlessly named a few of the stars I had seen in my neighborhood, and for the rest of the summer, when describing our house, you'd say, "It's the place with all the teenagers lying around out front." They stretched out in the middle of the road, flat on their backs, not wanting to miss anything should one of my

celebrity friends decide to drop by and help me dig the septic tank. I was afraid that one of them might get hit by a car and that I would be blamed for the death. "Oh, don't worry," the neighbors said. "They'll grow out of it in a few years."

That is what I'm assuming they said. Without Hugh by my side to translate, every interaction was based upon a series of assumptions. The kind butcher may not have been kind at all, and the grocer might have been saying, "To hell with you and your bottleneck. Go away now and leave me alone." Their personalities were entirely my own invention. On the downside, my personality was entirely their invention. I seemed to have reached my mid-thirties only to be known as "the guy who says 'bottleneck,'" the piper who convinces young people to lie in the road, the grown man who ignores the electric-fence warnings and frightens the horses with his screaming. Were such a person described to me, I'd say, "Oh, you mean the village idiot." In this situation, pretending to be a soap opera character failed to help. When told, "You will understand me," the citizens of France responded with blank stares. I picked up a few new words, but the overall situation seemed hopeless. Neighbors would drop by while Hugh was off at the hardware store, and I'd struggle to entertain them with a pathetic series of simple nouns. "Ashtray!"

"Yes," they'd agree. "That's an ashtray all right."

"Hammer? Screwdriver?"

"No, that's okay, we've got our own at home."

I'd hoped the language might come on its own, the way it comes to babies, but people don't talk to foreigners the way they talk to babies. They don't hypnotize you with bright objects and repeat the same words over and over, handing out little treats when you finally say "potty" or "wawa." It got to the point where I'd see a baby in the bakery or grocery store and instinctively ball up my

fists, jealous over how easy he had it. I wanted to lie in a French crib and start from scratch, learning the language from the ground floor up. I wanted to be a baby, but instead, I was an adult who talked like one, a spooky man-child demanding more than his fair share of attention. Rather than admit defeat, I decided to change goals. I told myself that I'd never really cared about learning the language.

My main priority was to get the house in shape. The verbs would come in due time, but until then I needed a comfortable place to hide. When eventually developed, our vacation pictures looked as though they had been taken at a forced-labor camp. I knocked down walls and lugged heavy beams, ran pipes and wires, and became a familiar dust-masked face at both the dump and the pharmacy. My month of hard work was rewarded with four days in Paris, a city where, without even trying, one can find a two-hundred-year-old wax model of a vagina, complete with human pubic hair. On the plane going home, I was given a Customs form and asked to list all my purchases:

Two-headed-calf skull

Ashtray in the shape of a protracted molar

Somebody's gallstone, labeled and displayed on an elegant stand

A set of eight Limoges dessert plates custom made for a pharmacy and hand-painted with the

names of various lethal drugs Suede fetus complete with umbilical cord

French eye chart that unintentionally includes the word

FAT

Illustrated guides to skin rashes and war wounds

I ran out of room long before I could mention my outdated surgical instruments. Hugh told me that I was wasting my time, that they were looking for people who'd bought platinum watches,

not rusted cranial saws. My customs form was, for me, a list of reasons to return to France and master the language. Conversation would be nice, but the true reward would be the ability to haggle fluently and get my next two-headed skull for the same price as a normal one.

Back in New York I took full advantage of my status as a native speaker. I ran my mouth to shop clerks and listened in on private conversations, realizing I'd gone an entire month without hearing anyone complain that they were "stressed-out," a phrase that's always gotten on my nerves. People in New York love to tell you how exhausted they are. Then they fall apart when someone says, "Yeah, you look pretty tired." I kept an eye out for foreigners, the Europeans shopping on my SoHo street and the cleaning women who'd answer "Poland" or "El Salvador" when asked a yes-or-no question. I felt that it was my responsibility to protect these people, to give them directions they didn't want and generally scare them with my kindness. As an American abroad, you're bolstered by an innate sense of security. Something goes wrong, and you instinctively think, "We'll just call the embassy and see what they have to say." People know where America is on the map.

They know that it's loud and powerful. With certain other countries there's no such guarantee.

"Oh, right, Laos," I once heard someone say to a dinner guest. "Didn't we bomb you a couple of times?"

Hugh and I returned to Normandy the following summer, and I resumed my identity as the village idiot. "See you again yesterday!" I said to the butcher. "Ashtray! Bottleneck!" Again I hid indoors, painting and scraping until my knuckles bled. I left promising to enroll in a French class and then forgot that promise as soon my plane landed back in New York.

On the following trip I sanded the floors and began the practice of learning ten new words a day. exorcism facial swelling death penalty

I found my words in the dictionary, typed them onto index cards, and committed them to memory while on my daily walks to the neighboring village.

slaughterhouse sea monster witch doctor

By the end of the month, I'd managed to retain three hundred nouns, none of which proved to be the least bit useful. The next summer we went to France for six weeks, and I added another 420 words, most of them found in the popular gossip magazine *Voici*. "Man-eater," I'd say. "Gold digger, roustabout, louse."

"Who are you talking about?" my neighbors would ask.

"What social climber? Where?"

On my fifth trip to France I limited myself to the words and phrases that people actually use.

From the dog owners I learned "Lie down," "Shut up," and "Who shit on this car-pet?" The couple across the road taught me to ask questions correctly, and the grocer taught me to count.

Things began to come together, and I went from speaking like an evil baby to speaking like a hillbilly. "Is them the thoughts of cows?" I'd ask the butcher, pointing to the calves' brains displayed in the front window. "I want me some lamb chop with handles on 'em."

By the end of our sixth trip to France, the house was finished and I'd learned a total of 1,564 words. It was an odd sensation to hold my entire vocabulary in my hands, to look back through the stack and recall the afternoon I learned to effectively describe my hangovers. I kept my vocabulary in a wooden box built to house a Napoleonic hat, and worried that if the house caught fire, I'd be back to square one with bottleneck and ashtray and would lose the intense pleasure I felt whenever I heard somebody use a word I'd come to think of as my own.

When the cranes arrived to build a twelve-story hotel right outside our bedroom window, Hugh and I decided to leave New York for a year or two, just until our resentment died down a little.

I'm determined to learn as much French as possible, so we'll take an apartment in Paris, where there are posters and headlines and any number of words waiting to be captured and transcribed onto index cards, where a person can comfortably smoke while making a spectacular ass of himself, and where, when frustrated, I can lie, saying I never wanted to come here in the first place.

Traducción- "Nos Veremos Ayer"

Nunca he sido uno de esos americanos que espolvorea la conversación con frases francesas y entretiene invitados con ruedas de brie. Para mí, Francia no era un destino específico. He llegado a Normandía de la misma manera que mi madre llegó a Carolina del Norte: conoces a alguien, pierdes un poco de control, y de repente estás comiendo una parte diferente del cerdo.

Conocí a Hugh de una amiga mutua. Ella y yo estábamos pintando un apartamento, y él nos ofreció una escalera que mide 12 pies. Ser dueño de una escalera de 12 pies en Nueva York es probablemente un signo de éxito, significa que quizás tienes espacio para guardarla. En ese momento, Hugh estaba viviendo en un loft en la calle Canal, una fábrica antigua de chocolate dónde los refrigeradores grandes se han cambiado a habitaciones. Llegué a su apartamento en la noche del viernes y noté la tarta horneando en el horno. Mientras que todo Manhattan estaba fuera del pueblo, él se quedó en casa escuchando música country mientras que estaba cortando manzanas. Como yo, Hugh estaba soltero, que no fue una sorpresa grande considerando que él pasó su tiempo libre haciendo la masa y llorando con los discos de George Jones. Acabo de mudarme a Nueva York, y estaba pensando en que si sería soltero por toda mi vida. Parte del problema fue que, según muchas fuentes fiables, tendía a agotar a la gente. Otra parte del problema tenía que ver con mi lista larga de requisitos. Los novios potenciales no podían fumar cigarrillos Merit, ser dueño de botas vaqueras, o comer algo *lite* o *salud responsable*. El habla era importante, y las frases que te descalificaban incluían “no puedo encontrar mi anillo de tetilla” y “este fue mi primer tatuaje”. Todos los nombres de las calles tenían que ser dichos por completo, o sea, nada de “59th y Lex” y definitivamente no “Avenida Mad”. No podían emborrachar más que yo, no podían escribir poesía en cuadernos y leerla en voz alta en frente de una audiencia de desconocidos, y no podían usar las palabras *flick*, *freebie*, *cyberspace*, *progresivo*, o, *zeitgeist*. No se podían considerar el pelo humano como una paleta apropiada para la autoexpresión, no podían

ser dueños de una bandera con rayas del arco iris, y no podían decir que ellos habían “descubierto” alguna tienda o restaurante apuntada en la guía telefónica. Edad, raza, y peso no eran importantes. En términos de nuestros intereses mutuos, suponía que pudiéramos pasar nuestras vidas analizando cómo odiamos las susodichoas características.

Hugh se ha mudado a Nueva York después de pasar seis años en Francia, en un pueblo pequeño en el norte del país. Cuando le pregunté a Hugh sobre unas cosas, él no quería contestar ni una pregunta sola a menos que sea provocado. Había, él dijo, una casa en Normandía. Fue más probable que fuera seguido por un calificador, algo fundamental como “pero es un basurero”. Él probablemente lo describió con detalle, pero en ese momento no le estaba haciendo caso totalmente. En lugar de eso, empecé a imaginar mi vida en un país extranjero, algún lugar muy lejos, si algo fuese mal, siempre podría echar la culpa a alguien, podría decir que nunca quería vivir allá inicialmente. La vida posiblemente sería difícil por un año o dos, pero a pesar de eso lo haría porque vivir en un país extranjero es una cosa que todo el mundo debería hacer por lo menos una vez en la vida. Mi conocimiento era que la experiencia completaba a una persona, lijando los bordes provinciales duros y se transformaría a una persona en ciudadano del mundo.

No lo veía como una idea romántica. No tiene que ver con Francia en sí misma, sino con la imagen de Francia. Tiene que ver con gente llevando sombreros o escribiendo cartas que llevan mucha pena en un café escondido. A mí no me importaba dónde Hemingway fue a tomar tragos o por dónde Alice B. Toklas se recortó el bigote. Lo que más me llama la atención de vivir en un país extranjero es la inevitable impotencia y lo que lo inspirará. Algo tan emocionante sería el trabajo involucrado superando esa impotencia. Había una meta involucrada, y me gusta tener metas.

“Construído cerca del año 1780... lleva dos horas para llegar a París... el vecino guarda sus caballos en mi jardín... pasteles hechos con manzanas de mis propios árboles...”

Capturé las ressaltadas de la emisión de Hugh y comprendí que mi primera meta fue convertirle en mi novio, engañarle o chantajearle en hacer un compromiso. Sé que parece travieso, pero si no esté lindo, hay que estar listo.

Para conseguir lo que quiero, me ayuda fingir que soy un personaje de una telenovela. Los personajes de las telenovelas hacen declaraciones enfáticas. Hacen un puño con las manos y declaran sus metas en voz alta. “Yo *destruiré* a las Empresas Buchanan” ellos dicen. “Phoebe Wallingford *pagará* por lo que hizo a nuestra familia.” En el paseo a la casa con la escalera de doce pises, miré en la dirección del loft de Hugh y mandé “*Serás* mío.”

Nueve meses después de que pidiese prestada la escalera, Hugh salió de la fábrica de chocolate y nos mudamos juntos. Cómo era su costumbre, él planeó pasar el mes de agosto en Normandía, visitando amigos y trabajando en su casa. Planeé unirme a él, pero ese primer año, cuándo fue la hora para comprar mi boleto de avión, me acobardé, me di cuenta de que tenía miedo de Francia. Mi miedo no tenía que ver con la gente francesa. No conocía gente francesa. Lo que me asustó fue la idea de la gente francesa como está pintada en las películas. Cuándo alguien hace el ridículo, siempre lo sucede en un restaurante francés, nunca lo pasa en un restaurante italiano o japonés. La gente francesa siempre son los tipos quienes se dan golpes con guantes y llevan bufandas para cubrir sus chupones inflados. Mi conocimiento fue que, lo mucho que intentamos, los franceses nunca serían como nosotros, y eso fue confuso para un americano qué creció que todos los ciudadanos Europeos tendrían que estar agradecidos por todas las cosas maravillosas que hemos hecho. Cosas como películas que tienen el estereotipo que la gente francesa está aburrida y pija, y poquitos comentarios como “Te hemos salvado en la Segunda

Guerra Mundial.” Cada día, se nos dice que vivimos en el mejor país del mundo. Y se nos presenta como un dato innegable: Leos se nacieron entre el 23 de Julio y el 22 de Agosto, sábanas ajustables de camas queen mide sesenta por ochenta pulgadas, y los EE.UU es el mejor país del mundo. Haber crecido con esta mentalidad, nos parece rarísimo que otros países tengan consignas nacionalistas, ninguna de las cuales son “¡Somos número dos!”

Los franceses han decidido ignorar nuestra superioridad autoproclamada, y es traducida como ignorancia. A mi conocimiento, ellos nunca dijeron que son mejores que nosotros; nunca han dicho que somos lo mejor. ¡Qué más da! Hay muchos lugares dónde dan la bienvenida a los americanos con mucho entusiasmo. Desafortunadamente, esos lugares no tienen algo que te da muchas ganas de comprar a menudo. Y eso, para mí, es la única razón por la que quería salir de mi casa— para comprar cosas. Hugh compró buenísimos regalos para mí el verano que quedé en casa y él fue a Francia. Él no es un tipo comprador, por eso me imagino que si podría conseguir esas cosas, definitivamente las hubiera estado en el medio de la nada dónde cualquier persona pudiera encontrarlas. En lo que a mí respecta, los franceses podrían ser fríos o hostiles abiertamente. Pueden quemar mi bandera o lanzar las piedras a mí, pero si hubiera estado unas gatitas taxidermistas allá, yo les traería aquí, al mejor país del mundo.

Había compras, y luego estaba el tema de fumar. Hugh volvió de su viaje, y días después todavía me pareció como una comunista preguntándole sobre los interiores en que todavía vive la democracia. “¿Y tú viste gente fumando en los restaurantes? ¿En serio? ¡¿Y en las oficinas también?! Dígame otra vez sobre los ceniceros en las salas de espera, y no quites detalles.”

Fui a Francia el próximo verano y solo sabía la palabra *embotellamiento*. Dije “embotellamiento” en el aeropuerto, “embotellamiento” en el tren a Normandía, y “embotellamiento” cuándo me regalaron un montón de piedras que fue la casa de Hugh en el

campo. No había agua corriente, ni electricidad, y nada que podemos comprar excepto la tubería y los cables si quería vivir con tuberías y electricidad. Como no había algo decoroso que comprar, la gente me saludó con gran entusiasmo. Sería lo mismo que si una persona francés fuera a visitar, por ejemplo, Knightdale, Carolina del Norte. “Ay Dios mío” todo el mundo diría, “¿viajaste por todo el mundo solo para visitarnos?”

Si mi vocabulario fuera mejor, quizás hubiera dicho, “En plan, no, no exactamente” pero solo ofrecí mi única respuesta “Embotellamiento.” Así es la vida.

“Guau, embotellamiento,” decía todo el mundo. “Hablas muy bien.”

Ellos no fueron como la gente francesa que me imaginaba. Más bien, fue demasiado agradable, demasiado generoso, y demasiado culto sobre la tubería y electricidad. La casa está ubicada en una aldea pequeña, un Hooterville de ocho casas hecho de piedra apiñado en un nudo y rodeado por colinas decoradas con vacas y ovejas. No había cajas registradoras, pero a una milla fuera, en el pueblo cercano, había un carnicero, un panadero, una oficina de correos, una ferretería, y un supermercado pequeño. Había una iglesia y un teléfono público, una escuela primaria, y un lugar para comprar cigarrillos. “¡La ciudad de Nueva York!” los tenderos decían. “Bien, estás lejos de tu casa, ¿no?” Ellos lo decían como si hubiera salido de Manhattan por un paseo y me hubiese atrasado.

Parece que si tenía que ser americano, Nueva York era tan cualquier otro lugar. A la gente ya la conocía, especialmente los tres adolescentes quienes estudiaron inglés en escuela y visitaron para platicar sobre la vida en lo que llamaron “Ny.” Intenté explicar que la N y la Y fueron iniciales que representan Nueva y York, pero todavía insistieron en juntar las letras para crear una palabra sola. Ny, como dijeron, fue lo que los insiders las llamaron. Toda la gente en los Eeuu la usó, ¿no?

Los adolescentes creyeron que Nueva York era parte de una tierra maravillosa, un jardín de famosos dónde no se puede salir de casa sin ver a celebridades como Madonna y Michael Jackson sentados en un parque y amamantando a sus bebés. Llamé desconsideradamente unas de las estrellas que he visto en mi barrio, y por todo el verano, la gente dice “Es el lugar con todos los adolescentes por ahí.” Se estiraron en el medio de la calle con las espaldas planas por si acaso uno de mis amigos famosos decidiera visitar el pueblo para ayudar con la tubería. Me daba miedo que un coche matará a alguien, y que me echaran la culpa por la muerte. “Oh, no te preocupes,” los vecinos dijeron. “Ellos lo dejarán en unos años.”

Es lo que estoy suponiendo que ellos dijeron. Sin Hugh cerca de mi lado para traducir, cada interacción fue basada en una serie de mis suposiciones. El carnicero amable posiblemente no ha sido amable para nada, y el tendero posiblemente ha dicho “A la mierda contigo y tu embotellamiento. Vaya pa’ fuera y déjame solo.” Sus personalidades fueron absolutamente una invención mía. Al contrario, mi personalidad fue absolutamente una invención suya. Parezco alcanzar mis años treinta solo para ser conocido como “el hombre que solo dice embotellamiento,” El flautista de Hamelin quien conviene los jóvenes a estirar en medio de la calle, el hombre que ignora los avisos por las vallas eléctricas, y asusta a los caballos con sus gritos. Si alguien me explicó este tipo de persona, yo diría “Oh, te refieres al idiota del pueblo.”

En esta situación, fingir ser un personaje de telenovela fue un fracaso. Cuando les dije “*Me comprenderán*” los ciudadanos franceses respondieron con solo una mirada fijada. Aprendí unas palabras nuevas, pero la situación en general fue desesperante. Los vecinos me visitaban cuando Hugh estaba en la ferretería, y yo lucharía a entretenerlos con una serie patética de sustantivos simples. “¡Cenicero!”

“Sí,” estarían de acuerdo. “Es un cenicero.”

“¿Martillo? ¿Destornillador?”

“No, está bien, ya los tenemos en casa.”

Esperé que el idioma se resolviera a sí mismo, en la manera que los bebés aprenden, pero la gente no habla a extranjeros de la misma manera que hablan a sus bebés. No te hipnotizan con objetos brillantes y repiten las mismas palabras una y otra vez, dándote unos dulces cuando finalmente dices “orinal”. Llegó al punto en cual veía a un bebé en una panadería o supermercado e instintivamente levantaría mis puños, celoso porque fue demasiado fácil para ellos. Quería quedarme en una cuna francesa y empezar de nuevo, ser un bebé, pero en vez de eso, fui un adulto que hablaba como un bebé, un niño-hombre rarísimo que exigió más atención que lo merecía.

En vez de admitir una derrota, decidí cambiar mis metas. Me dije que nunca importaba sobre el aprendizaje del idioma extranjero. Mi prioridad principal fue arreglar la casa. Aprendería los verbos con tiempo, pero hasta que los aprendí, necesitaba un lugar cómodo para esconder. Cuando se desarrollaron eventualmente, nuestras fotos de vacaciones parecieron como si se hubieran sacado en un campamento de labor forzado. Tiré abajo las paredes y llevé unas vigas pesadas, ejecuté tuberías y cables, y crece a un conocido con mi máscara llena de polvo en el pueblo. Mi mes de trabajo duro fue recompensado con un viaje de cuatro días a París, una ciudad donde, sin intentarlo, se puede encontrar una maqueta de una vagina hecha de cera que tiene 200 años. Está completo con vello púbico y todo. En el avión de vuelta, me daban un formulario de aduanas y me preguntaron sobre todas mis compras.

Cráneo de becerro con dos cabezas

Cenicero en la forma de una muela prolongada

Un cálculo biliar de alguien, etiquetado y estrenado

Una serie de ocho platos de postre hecho específicamente por una farmacia y pintado por mano con los nombres de varias drogas mortales

Feto gamuzo completado con cordón umbilical

Gráfico de ojos francés que incluye la palabra FAT involuntariamente

Guías ilustradas de erupciones de piel y heridas de guerra

Me quedo sin espacio antes de mencionar mis instrumentos antiguos de cirugía. Hugh me dijo que estaba perdiendo el tiempo, y que estaban buscando por gente con relojes hechos de platino, no sierras craneales oxidados. Mi formulario de aduanas fue, para mí, una lista de razones para regresar a Francia y dominar el idioma. La conversación sería buena, pero el premio de verdad sería la habilidad de negociar fluidamente y conseguir mi cráneo de dos cabezas por el mismo precio que normal.

En Nueva York, aproveché completamente de mi estatus como hablante nativo. Hablé a empleados y escuché sus conversaciones privadas, y me di cuenta de que fue un mes entero sin escuchar a alguien decir que ellos fueron “stressed out” una frase que me sacó de quicio. La gente en Nueva York encanta a decirte lo tan exhausto que son. Y se deshacen cuando alguien le dice “Sí, pareces muy cansado.” Me fijé en los extranjeros, los europeos comprando en mi calle en SoHo y cuándo la mujer de limpieza contestaría “Polonia” o “El Salvador” con una pregunta de sí o no. Sentí que era mi responsabilidad proteger esa gente, darles direcciones que no querían, y asustarlos con mi amabilidad. Como un americano en un país extranjero, estás reforzado por un sentido innato de seguridad. Si algo va mal, e instintivamente piensas,

“Llamaremos la embajada y veremos lo que *ellos* tienen que decir.” La gente sabe dónde los EE.UU está ubicado en un mapa. Ellos saben que es fuerte y poderoso. Con respecto a otros países, no es una garantía. “Oh, claro, Laos,” Una vez escuché a alguien decir a un invitado. “Les bombardeamos unas veces, ¿no?”

Hugh y yo regresamos a Normandía el próximo verano, y reanudé mi identidad como el idiota del pueblo. “¡Nos veremos ayer!” Le dije al carnicero. “¡Cenicero! ¡Embotellamiento!” Otra vez me escondí dentro, pintando y raspando hasta que mis nudillos sangraron. Salí con una promesa para inscribirme en una clase de Francés y me olvidé de la promesa cuándo regresamos a Nueva York.

En el siguiente viaje, yo lijé los pisos y empecé a aprender diez palabras cada día.

Exorcismo

Hinchazón facial

La pena de muerte

Busqué palabras en un diccionario, las escribí en fichas, y me han memorizado cuándo iba en los paseos por otro pueblo.

Matadero

Monstruo Marino

Curandero

Al fin del mes, manejé a memorizar trescientos sustantivos, ninguno de los cuales fueron un poquito útiles.

El próximo verano fuimos a Francia por seis semanas, y añadí unas 420 palabras adicionales, la mayoría las encontré en una revista popular de chisme que se llama *Voici*. “Devorador de hombres” yo diría. “Cazafortunas, roustabout, louse.”

“¿De qué hablas?” mis vecinos me preguntaron, “¿Qué arribista? ¿Dónde?”

En mi quinto viaje a Francia, solo usé las palabras y frases que la gente usa en verdad. De los dueños de perros, aprendí, “Acuesta”, “Cierra tu boca”, y “¿Quién cagó en esta alfombra?” La pareja a través de la calle me enseñaron a hacer preguntas correctamente, y el tendero me enseñó a contar. Todo se aclaró y progresé mi nivel de Francés. Empecé a hablar como un bebé malvado, y ahora hablo como un hillbilly. “Es esos pensamientos vacas” preguntaría al carnicero, apuntando a los cerebros de los terneros. “Mi quiero unos chuletas corderos con mangos en esos”

Al final de nuestro sexto viaje a Francia, la casa fue finalizada y aprendí un total de 1,564 palabras. Me parece bien raro que podría agarrar el vocabulario entero en mis manos, mirar atrás por la pila y recordar la tarde que aprendí describir mis resacas efectivamente. Guardé mi vocabulario en una caja de madera tan grande que puede caber en un sombrero de Napoleón, y me preocupé que si la casa quemara, regresaría a *embotellamiento* y *cenicero* y perdería la satisfacción intensa que sentí cada vez que escuché alguien usar una palabra que pensé fue la mía.

Cuándo las grúas empezaron a construir un hotel de 12 pisos al otro lado de nuestra calle, Hugh y yo decidimos salir de Nueva York por un año o dos, hasta que nuestro resentimiento se apaga. Estoy determinado aprender tanto Francés como sea posible, pues nos mudamos a un apartamento en París, dónde hay pósteres y titulares y montones de palabras esperando a ser capturadas y transcritas en unas fichas, dónde una persona pueda fumar cómodamente mientras

que se quede un ridículo de sí mismo, y dónde yo, bastante frustrado, puedo mentir y decir que nunca quería venir aquí para empezar.

Análisis de Traducción

Cuándo alguien decide traducir un libro entre diferentes idiomas extranjeras, es bien difícil porque cada autor tiene su propia voz. Hay muchas diferencias entre cómo Shakespeare, Edgar Allen Poe, y James Baldwin cuentan sus historias. Podemos ver el estilo de escritura que David Sedaris usa en su libro Me Talk Pretty One Day. Para comprender como alguien puede traducir este libro entre diferentes idiomas, es fundamental que se pueda entender la voz de David Sedaris. Aunque las historias que Sedaris cuenta son cotidianas, su estilo de escritura es tan profundo. Se puede un ejemplo de este tipo escritura profunda en la primera frase del capítulo “See you Again Yesterday”, “I have never been one of those Mericans who pepper their conversation with French phrases and entertain guests with wheels of brie.” Esta frase es un ejemplo buenísimo como Sedaris puede elevar el nivel de escritura, mientras que el contenido no sea tan intenso. Para mí, esta frase fue una de las frases más difícil para traducir en el capítulo entero. Otro aspecto de la escritura de Sedaris que lo hace difícil para traducir el capítulo es el nivel de vocabulario que usa en su libro. Para empezar, el capitulo se está basado en el hecho que solo sabe dos palabras, embotellamiento y cenicero. Son palabras bastante complicadas que casi nadie aprende en las primeras clases de idiomas extranjeros. Ese tipo de interés en el vocabulario complicado es lo que llena el libro con humor, inteligencia, y calidez que no se puede encontrar en otros libros. Finalmente, Sedaris también usa el humor extensivamente como he mencionado en la biografía. En la página 157, Sedaris está describiendo el nacionalismo de los estadounidenses y como otros países también tienen su propia forma del nacionalismo. En esta página, Sedaris usa humor para parecer estupefacto de que otros países tengan su propio

nacionalismo. “Having grown up with this in our ears, it’s startling to realize that other countries have nationalistic slogans of their own, none of which are ‘We’re number two!’”.

Ahora que un conocimiento del estilo de escritura de Sedaris está establecido, se puede empezar a traducir el capítulo de inglés a español. A pesar de lo que puedas pensar, hay 13 diferentes maneras en que se puede traducir un texto. Primero, se puede añadir o reducir palabras en el frase para expresar el mismo mensaje. Se llama una ampliación o compresión lingüística. En la página 155, Sedaris dice “I asked a few questions, rightly sensing that he probably wouldn’t offer anything unless provoked.” y la traduje como, “Cuándo le pregunté a Hugh sobre unas cosas, él no quería contestar ni una pregunta sola a menos que sea provocado.” En este caso, decidí usar una ampliación lingüística porque usé más palabras para expresar la misma cosa. Efectivamente, cuándo se añade o reduce palabras en una frase y no se añade o quite información, se llama una ampliación o compresión lingüística, pero; cuando se añade o reduce palabras y se añade o quite información dentro de la frase, se llama una expansión o reducción de información. En la traducción, también usé este concepto. En la página 154-155, Sedaris dice “Hugh had moved to New York after spending six years in France.” En mi traducción, añadé un poquito más de información sobre el pueblo en Hugh creció. Es particularmente útil para usar esta técnica de añadir información para educar gente que no son saben sobre una tema particular. En esta traducción, añadé información sobre el pueblo en que Hugh creció, y poné está información en el contexto de la geografía de Francia para dar el lector un poquito de contexto. En mi traducción, dije, “Hugh se ha mudado a Nueva York después de pasar seis años en Francia, en un pueblo pequeño en el norte del país.” Las primeras dos técnicas tienen que ver con añadiendo y quitando palabras dentro de una frase. También, hay diferencias que son más sutiles. Cuándo hablamos de idiomas extranjeros, los verbos son bastante importantes. En clases

de idiomas extranjeros, los verbos son fundamentales para entender y estudiar. Cuando se traduce un texto entre diferentes idiomas, hay una técnica que se llama transposición. En esta técnica, quitamos sola una o dos palabras para parecer más fluído entre idiomas. El ejemplo clásico tiene que ver con los pronombres. En castellano, catalán, italiano, portugués, y otras idiomas, es natural para quitar el pronombre de una frase. Un ejemplo es que puede decir, “Yo camino al parque hoy.” Si se dice esta frase, no está mal, pero en una conversación entre amigos, no se debe decir el pronombre “yo” cada vez. Se puede quitar el pronombre para decir, “Camino al parque hoy.” Parece más natural, y no necesita el pronombre “yo” porque el verbo “caminar” ya está conjugado en la forma del presente de la primera persona. Más allá, las diferentes conjugaciones de verbos suenan diferentes en cada forma. Se puede ver y oír las diferencias entre “camino, caminas, camina,” etc. En idiomas como inglés y francés, es más difícil para reconocer las diferencias entre los conjugaciones diferentes. En francés, esta frase se traduciría como “Je marche au parc aujourd’hui”. Las conjugaciones del verbo “marcher” serían “marche, marches, marche, marchons, marchez, marchent” Se puede ver las diferencias entre las diferentes conjugaciones del verbo marcher, pero si dijera esas palabras en voz alta, no reconocería las diferencias entre las formas de “je, tu, il” y “elle”. Es lo más complicado en inglés. En inglés, es absolutamente necesario que se incluye el pronombre en un frase. El verbo “to walk” es conjugado como “walk, walk, walks, walk” y “walk”. Basicamente no hay diferencias entre los diferentes conjugaciones del verbo “to walk”, y es por qué es necesario que se incluye el pronombre de cada verbo cada vez. También, es importante saber que inglés no tiene la forma de segunda persona plural, como “vosotros” en español o “vous” en francés. Hay bastante ejemplos en la traducción de Me Talk Pretty One Day en que quité los pronombres de diferentes frases. En la página 158, Sedaris dice “I went to France the following summer knowing only the word for

bottleneck.” En la traducción, quité el pronombre “yo” para parecer más natural. “Fui a Francia el próximo verano y solo sabía la palabra por *embotellamiento.*” La mayoría de las técnicas de traducción tienen que ver con las diferencias entre las estructuras gramaticales con respecto al inglés y español, sin embargo; hay una técnica de traducción que se trata de las diferencias culturales entre el mundo anglohablante y hispanohablante. Esta técnica se llama adaptación cultural. Muchas veces en libros de los EE.UU y Reino Unido, los autores hacen referencias a otros libros, películas, y series que solo están entendido por los anglohablantes porque no hay un equivalente en el mundo hispanohablante. Por eso, traductores usan adaptación cultural y sustituyen referencias que los hispanohablantes no entienden por referencias que los hispanohablantes entienden. Sin embargo, es importante para mencionar que hoy en día, más gente de todo el mundo tiene más acceso a diferentes culturas debido a las redes sociales. Muchas de las series más populares son disponibles en Netflix en que se puede añadir subtítulos o cambiar la idioma del audio. Incluso en las formas de entretenimiento más tradicionales, hay una fuerte influencia global. Por ejemplo, en los Cines Callao en el centro de Madrid, están estrenando más películas estadounidenses. En el capítulo que traduje, he incluido un ejemplo de adaptación cultural en la página 156. En el original, se dice, “In order to get the things I want, it helps me to pretend I’m a figure in a daytime drama, a schemer. Soap opera characters make emphatic pronouncements. They ball up their fists and state their goals out loud.” La traduje como, “Para conseguir lo que quiero, me ayuda fingir que soy un personaje de una telenovela. Los personajes de las telenovelas hacen declaraciones enfáticas. Hacen un puño con las manos y declaran sus metas en voz alta.” En esta traducción, sustituí los “daytime dramas” por las “telenovelas”. Es un ejemplo de la adaptación cultural porque la telenovela es un género de la televisión distinta en Latinoamérica que son bastante diferentes de los “daytime dramas” que se

puede ver en los Estados Unidos. Por eso la telenovela es un ejemplo de la adaptación cultural. Aunque hay muchas diferencias entre el inglés y español, también hay muchas semejanzas entre las dos idiomas. El inglés y español pertenecen a familia de idiomas indoeuropeos. Aunque inglés es una idioma germánica y español es una idioma romántica, inglés ha absorbado mucho vocabulario latino, debido a la influencia Francesa. Por eso, hay muchas semejanzas entre inglés y español. Porque hay muchas similitudes entre las dos idiomas, no es necesario cambiar las palabras de cada frase. Hay muchas frases en el capítulo que se puede traducir palabra por palabra y todavía tendría sentido. Sin embargo, si estuviera traduciendo un texto de inglés a japonés, no podría traducir el texto palabra por palabra tan facilmente. Esta técnica de traducir palabra por palabra se llama traducción literal. Usé esta técnica muchas veces en la traducción del capítulo. Hay un ejemplo de traducción literal en la página 156. El original se dice “As was his habit, he planned to spend the month of August in Normandy, visiting friends and working on his house.” La traduje como, “Cómo era su costumbre, él planeó pasar el mes de Agosto en Normandía, visitando amigos y trabajando en su casa.” Como puede ver en ejemplo, traduje la frase palabra por palabra, y no hay una necesidad para incluir transposiciones o ampliaciones o compresiones lingüísticas. En resumen, usé las técnicas de ampliación lingüística, compresión lingüística, transposición, adaptación cultural, y traducción literal para traducir el capítulo.

Conclusión

Después de hacer este proyecto, encontré que es bastante difícil traducir un libro como Me Talk Pretty One Day por David Sedaris. Como expliqué en otros capítulos de este proyecto, Sedaris usa vocabulario contemporáneo y metáforas bien raras. Por ejemplo, la primera frase en el capítulo dice, “I have never been one of those Americans who pepper their conversation with French phrases and entertain guests with wheels of brie”. Para empezar la frase, Sedaris menciona como los anglohablantes “pepper their conversations” con expresiones Franceses. Sedaris no está hablando de pimienta, sino que está diciendo que los anglohablantes añaden expresiones francesas cuándo hablan inglés. Sedaris eleva la metáfora en la segunda parte de la frase. Sedaris dice, “and entertain guests with wheels of brie”. Francés (la idioma, cultura y gente) tiene una reputación de ser parte de una clase más alta socioeconómicamente. Por eso, Sedaris insinúa que cuándo la gente usan expresiones francesas cuándo hablan Inglés (por ejemplo, “Where shall we rendez-vous this afternoon?”), parecen más pijos. Para insinuar que este tipo de gente son pijos y falsos, Sedaris inventa su propia metáfora en la segunda parte de la frase. Cuándo Sedaris dice que los invitados son entretenidos con sus “ruedas de queso brie”, él quiere decir sarcásticamente que los invitados son tan impresionados que los anfitriones pueden hablar un poquito de francés. La parte de “queso brie” añade al nivel de ironía de esta frase porque queso brie es un queso francés muy famoso. Como puede ver, Sedaris usa metáforas y vocabulario muy contemporáneo y complicado a la misma vez.

Además, otra parte del proyecto que fue bastante difícil fue la biografía. Sedaris es un autor contemporáneo, y por eso, no hay tantas biografías que cuenten mucho sobre su vida. Con autores más antiguos y establecidos como Dickens, Zolà, y Galdós, es más fácil encontrar una

biografía más extensiva que cuenta más sobre sus vidas. Con Sedaris, intenté encontrar los fuentes más extensas y acreditadas que cuenten lo más posible de su vida, pero fue más difícil encontrar información reputable sobre su vida.

En fin, aprendí mucho con el proyecto. Con la traducción, aprendí como pensar en dos idiomas a la misma vez. También, aprendí como traducir expresiones, vocabulario, y metáforas que nunca sabía como traducir en español. Con este proyecto, he seguido usando y practicando diferentes técnicas de traducción que me van a ayudar a traducir con respeto a la traducción en el futuro. Es lo que aprendí de traducir el capítulo “See You Again Yesterday” del libro Me Talk Pretty One Day de David Sedaris.

Bibliografia

Moredock, Janet. "David Sedaris." *Encyclopædia Britannica*, Encyclopædia Britannica, inc., 8 June 2023, www.britannica.com/biography/David-Sedaris.

Sedaris, David. "See You Again Yesterday." *Me Talk Pretty One Day*, Little, Brown & Co., Boston, New York, 2000, pp. 153–165.

Wertheim, Jon. "David Sedaris on Finding a Story Anywhere and Everywhere." *CBS News*, CBS Interactive, 30 Oct. 2022, www.cbsnews.com/news/david-sedaris-amy-sedaris-60-minutes-2022-10-30/.